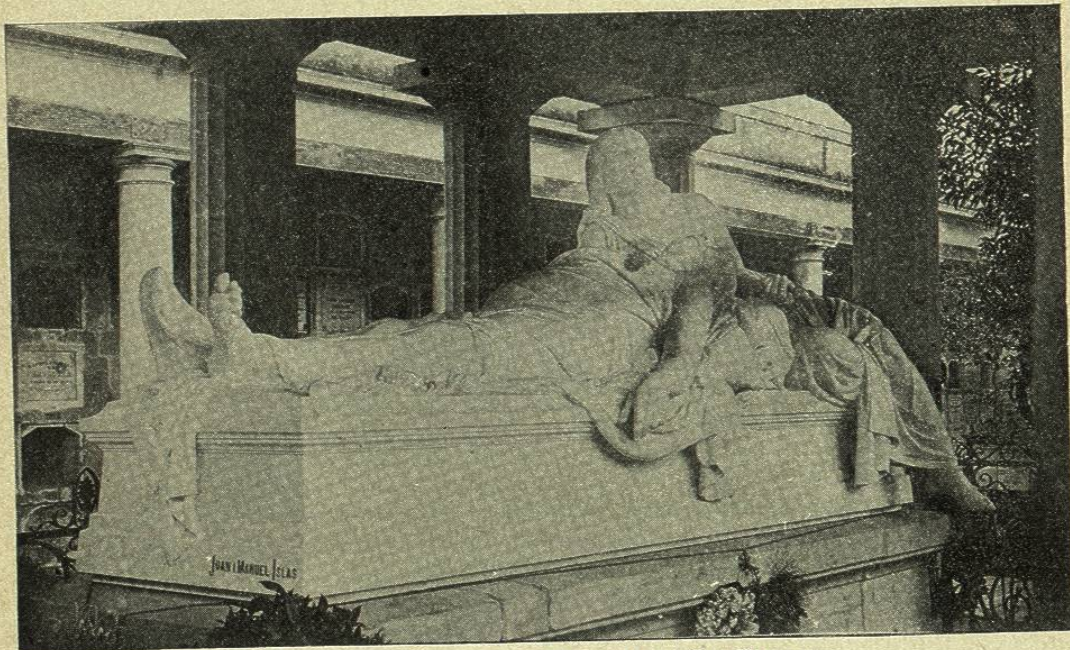


del Estado de Morelos; encargo éste erizado de dificultades no ya sólo por los inconvenientes que para el escultor tiene el ingrato traje de nuestros días, sino por tratarse de representar la figura de un personaje mutilado de un brazo y de una pierna, y que sin embargo supo superar con gallardía y excepcional acierto ejecutando una obra tan llena de verdad como sobresaliente en elevado estilo (\*). De la propia mano son los elegantes vasos que decoran el Paseo de la Reforma.

A los hermanos Islas pertenece el grupo en mármol de la Patria y Juárez del monumento sepulcral erigido á éste en el Panteón de San Fernando (1880), obra no escasa de mérito y de composición fácilmente hallada, aunque de un solo punto de vista y no bien colocado á la altura á que lo ha sido.



SEPULCRO DE JUÁREZ EN EL PANTEÓN DE SAN FERNANDO

Escultor de estudios y saber positivo fué D. Rafael Calvo, que habiendo muerto en edad avanzada, dejó no obstante muy pocas obras: prueba clara de no serle del todo propicio nuestro medio al verdadero artista. Pertenecen á él las estatuas del Dr. Lucio y de D. Miguel Lerdo de Tejada, del paseo de la Reforma, que si no ofrecen nada de sobresaliente, sí acusan saber, pues se ven exentas de esos ostensibles defectos que en copiosa é irritante suma aparecen en las demás estatuas que hacen compañía á las de Calvo en el propio sitio, con la única excepción de las de Alciati.

Proyectó Calvo el primer baldaquino y altar para la Colegiata de Guadalupe al iniciarse las reformas del templo y que hubo de desecharse por pequeños motivos económicos, á pesar de su novedad y belleza. Cuatro ángeles colosales en pie portaban un gran palio de caprichoso cortinaje que cobijaba el altar de la Virgen, cuya imagen, á su vez, sosteníanla otros ángeles de menor tamaño en actitud reverente y posados entre nubes sobre un globo terrestre. El actual baldaquino parécenos frío comparado con el de Calvo y mucho menos original.

Descontando la magna estatua ecuestre de Carlos IV, las de los monumentos de Colón y Cuauhtemoc y cuatro más de los escultores Calvo y Alciati, todas las otras de la Calzada de la Reforma no son más que errores artísticos y grandes: desde los monstruosos guerreros aztecas del Sr. Casarín, que se levantan á la

(\*) Faltáronle á dicha estatua los últimos toques por haber fallecido Guerra antes de dejarla enteramente concluida.

entrada del Paseo, hasta los frailes y generales de los últimos escultores anónimos que los modelaron bajo la dirección del Sr. Contreras ó que él directamente ejecutara, tales estatuas, así como las que recientemente se han levantado en Puebla, Guadalajara y otras capitales de Estado, en las que se ven conculcados los más rudimentarios principios del arte y hollados los fueros del buen gusto, no resisten el menor análisis de la crítica y preferimos hacer punto omiso de ellos, haciendo al propio tiempo votos ardientes para que vuelvan mejores días para el arte que con tanto brillo cultivaron en México Tolsa, Vilar, Sojo y Noreña.

Las esculturas en yeso de la Biblioteca Nacional, sin ser generalmente un modelo ni mucho menos, algo más se sostienen, y algunas como las de Homero y el Barón de Humboldt, pueden calificarse de buenas.

Ciertos estatuarios italianos han prestado también su contingente en el movimiento artístico habido en la República en los últimos años. Así Trabachi es autor de la estatua colosal en bronce de Hidalgo, y Cencetti lo es de la de Juárez de igual clase, que el Gobierno Mexicano adquirió para los monumentos que han de levantarse á los mismos. No por ser autores extranjeros puede decirse que superen en mérito á otros artistas mexicanos. Por el contrario, sus dos obras dejan harto que desear, como composición particularmente. La actitud de Hidalgo, por ejemplo, es en extremo simple, y en cuanto á su tratamiento plástico, aparece vacío y aislado. A la figura de Juárez adaptósele un traje no usado por aquel personaje y se le dió un aire de tribuno exaltado que jamás tuvo.

Muy superior es la estatua en mármol del Arzobispo Labastida, encargada á Italia para la Colegiata, en punto á exacto parecido, composición y magistral ejecución de los paños. La composición, por otra parte, recuerda demasiado el Pío VI orante de Canova. Autor de tal estatua fué Nicolini, de Carrara.

D. Enrique Alciati, escultor anticlásico pero modelador notable y en la actualidad profesor de la Escuela de Bellas Artes, ha ejecutado algunos retratos en yeso de mérito realista.

No debemos pasar en silencio al escultor de imágenes coloridas en madera, D. Diego Almaraz y Guillén, que en Querétaro continúa más ó menos fielmente las tradiciones de la escuela religiosa de Perusquia, Arce y Montenegro. Su especialidad son los cristos, cuyos devotos rostros son muy estimados. Débesele, además, la estatua en piedra del Marqués del Aguila, levantada pocos años ha en la propia ciudad de Querétaro.

Para que nuestra enumeración sea completa, no debemos omitir las estatuas en fecha reciente colocadas en las fuentes de la Alameda, las que, cualesquiera que sea su mérito, desmerecen por ser desproporcionadas para las fuentes á que se ha querido adaptarlas.

Por lo que á la pintura se refiere, á la Escuela de Bellas Artes tenemos que acudir todavía más que si se tratase de la arquitectura ó de la escultura, para poder ver en el país manifestaciones de alguna importancia de dicho arte. Débil y precaria ha sido su vida en los últimos años, y si algo ha podido alentar aún, débese á ese fuego no apagado todavía que se conserva en el plantel que fundaron Gil y Mangino y restauraron Echeverría y Couto.

### III

Como eco no apagado, aunque próximo á extinguirse, del vigoroso empuje restaurador de la Escuela de Bellas Artes, de 1847, aparecen Pina, Rebull y Velasco, discípulos y sucesores en el magisterio artístico de los Chávez y los Landeños que tan alta supieron colocar la enseñanza de la pintura en México. Poco relativamente ha producido el pincel de Pina y de Rebull en el período que reseñamos, y sólo en la enseñanza han prodigado sus conocimientos adquiridos tanto en México como en Italia y Francia. Desde que las críticas apasionadas y poco ilustradas de Altamirano se ensañaron contra el consumado dibujante (\*), encerróse

(\*) En el año de 1879, durante la XIX Exposición de Bellas Artes en que el Sr. Rebull hubo de presentar un cuadro original de la *Concepción* cuyo asunto y colorido no fueron del agrado de D. Ignacio M. Altamirano, desatóse éste en acerbas é injustas censuras contra dicho artista, cuyas dotes de dibujante escaparon á la observación del crítico.



en una resuelta inacción tan sólo interrumpida para dibujar, con la maestría que le caracteriza, dos figuras alegóricas de tamaño natural, para los corredores del Alcázar de Chapultepec (1884), complemento de las que el archiduque Maximiliano en otro tiempo le encomendara.

D. José S. Pina ha continuado dirigiendo la clase de composición en la Escuela de Bellas Artes, en la que se han pintado á veces cuadros buenos cuando ha contado con discípulos de talento, y desde el año de 87 al de 95 en que se efectuó la inauguración de las reformas, dirigió las obras de decoración de la Colegiata de Guadalupe.

Sus últimos discípulos más aprovechados han sido Carrasco, Briviesca, Ibararán é Izaguirre, puesto que Parra, Gutiérrez y Ocaranza pertenecen á la anterior generación. Los cuadros que más estima merecen entre los de aquel primer grupo de discípulos, son el *Job* de Gonzalo Carrasco, como buen estudio anatómico, y *La conquista del Paraguay por los jesuitas*, que presentó en la Exposición escolar de 1886; composición la última tan bien concebida como poética y nueva: llevados por la mansa corriente del caudaloso Paraná y entre los paradisiacos bosques de sus márgenes, aparece en una almadría que conducen neófitos indios, interesante grupo de religiosos jesuitas, tañendo instrumentos músicos y cantando himnos sagrados. Atraídos por el embelesador concierto, acuden como las fieras en pos de Orfeo los indios paraguayos al artificioso llamado de los conquistadores de Cristo. Tal es el asunto del segundo cuadro de Carrasco, que quedó inacabado y no figura, por desgracia, en el museo de la Academia. Las lisonjeras esperanzas que para el arte hacía concebir este joven alumno, frustráronse por haber abrazado la carrera eclesiástica.

Briviesca revelóse en el concurso bienal de 1883, claroscuro distinguido con su *Buen samaritano*, cualidad de que no ha vuelto á dar ninguna muestra. La mejor obra de Ibararán es, sin duda, el cuadro mural de la Colegiata de Guadalupe de *Las Informaciones*, cuyo buen agrupamiento de figuras, claridad de composición, propiedad de tipos y grato colorido, constituyen sus principales méritos. Con el *Tormento de Cuauhtemoc* de Izaguirre, acontece lo contrario que con el bajo-relieve de Guerra sobre el mismo asunto: la figura principal se halla desprovista de bellas formas, al paso que las de los españoles tienen arrogancia y carácter. El colorido de este lienzo se resiente de tonos demasiado oscuros.

Parra, Ocaranza y Rodrigo Gutiérrez cuyos talentos hacían prometer buenas producciones para el período que estudiamos, tuvieron distinta suerte. Parra, celebrado autor del *Galileo* y de *Fray Bartolomé de las Casas*, ha pintado bien poco; Ocaranza, genial autor de cuadros de género, murió en la plenitud de su actividad, y el último, esmerado dibujante y autor del gentil cuadro de *Ariadna*, perdió la razón.

Se debe al Sr. Parra el decorado de la Diputación en la parte de pintura del departamento del Ayuntamiento (1884). Diseñó en la escalera dos figuras alegóricas de la ciudad de México antigua y moderna, y en el plafond la de la República; figura la última, dibujada en perspectiva ascendente y de no escaso mérito. Suya es también la decoración del salón de sesiones del Ayuntamiento, así como uno de los cuadros murales de la Colegiata de Guadalupe, obras una y otra en las que creemos que demostró más su saber que su buen gusto. El ruidoso y merecido triunfo que le diera su *Fray Bartolomé de las Casas*, una de esas raras producciones que logran legítima popularidad, han hecho esperar del Sr. Parra una obra que superase ó igualase el valor de su célebre cuadro, y de ahí que la crítica tenga que mostrarse con él exigente y que espere no poco del que pudiera dar mucho.

Otros figuristas como José Obregón y Felipe Gutiérrez, limitan su labor casi exclusivamente á pintar retratos, y Tiburcio Sánchez además de esto decora á pincel rápidos templos y casas (\*).

Personalidad artística del gran relieve que se destaca en el Arte nacional, es el paisajista D. José M. Velasco que ha producido gran número de cuadros en los úl-

(\*) Ha restaurado la *Gloria* de Jimeno en la cúpula de la Catedral de México (1897).

timos años. Aunque formado por el italiano Landessio, desarrollóse por sí mismo ante la naturaleza de su país, constituyendo con sus numerosas producciones una escuela de paisaje suya propia. Su manera peculiar de entenderlo y sentirlo, siempre en grande, su sistema de composición pegándose á la verdad del natural, sus líneas y espacios sabiamente combinados, los términos distantes en que su pincel se complace, la forma peculiar de sus nubes y el colorido de sus cielos, sus tonalidades fuertes, su energía productora, todo, en una palabra, concurre á darle fisonomía propia y singularísima; y aunque, naturalmente, su punto de partida sea su maestro, á medida que de su enseñanza le separan los años, sin apartarse un punto de ella, vase acentuando más y más su carácter propio, desviándose tan sólo en su manera especial de ver y sentir las montañas, los lagos, los valles y los cielos.

En otra ocasión hemos dicho que Velasco es el pintor de los grandes horizontes. Su nota dominante es en efecto lo grandioso; por eso se complace en pintar los valles y volcanes, las lejanas lontananzas. Él no tiene naturaleza poética en la que siempre hay algo de delicado y femenino, y por eso no quiere impresionarnos con un limitado detalle del campo, dándole expresión romancesca. Él tiene un natural esencialmente viril, y desdeña ó no siente lo que puede decir en su delicada insignificancia un solo grupo de árboles, una casita rústica, una vacada esparcida por la llanura; y va en pos de lo amplio, de lo grande, de lo majestuoso, de lo imponente, dejando en todo ello los acentos de su varonil energía. Para hacer un cuadro bástale á Duez tres vacas, dos árboles secos y una empalizada, y con menos logra interesarnos Harpignies en su paisaje *Solitude*. Velasco, por lo contrario, no está satisfecho sino con la grande amplitud de los términos y la complejidad de los asuntos, con las cordilleras y los volcanes, con los anchurosos lagos, con los ilimitados cielos. Su nota es una sola: la grandiosidad, pero vale por toda una armonía. Por lo demás, es un técnico consumado, conoce á maravilla todos los secretos de la composición, es un hábil dibujante, tiene dominio pleno en la perspectiva, maneja con maestría suma el pincel que su mano nunca deja ocioso, y sabe vencer cualquiera dificultad de ejecución que se propone, hasta la del color que es la que más se le resiste; porque, cosa rara en un artista de tan excepcionales dotes, en Velasco el colorista no corre parejas con el dibujante, y sus tonalidades son á veces duras, desabridas á veces. Algún defecto había de tener si bien, cuando se lo propone, éste desaparece, como se observa en el cuadro de la *Hacienda de Chimalpa*, al que dió una tonalidad platina de lo más suave y armonioso. Otro tanto sucede con su toque, que si por lo común no es brillante, llega á serlo á veces, cuando lo quiere; cualidad la de la brillantez del toque de que también es muestra el paisaje que acaba de citarse. Energía de toque y armonioso colorido, tiene también el cuadro de *Unas rocas* que regaló para la galería de paisaje de la Escuela de Bellas Artes, que constituye uno de sus más sobresalientes ejemplares.

Ha pintado muchos cuadros y elegido muchos asuntos, pero los que más renombre han contribuido á darle son sus famosos *Valles de México* que ejecuta con maestría consumada. La Escuela de Bellas Artes conserva acaso los mejores. Importantes obras suyas son: el *Valle de Oaxaca*, *Guelatao*, la *Catedral de Oaxaca*, el *Volcán de Orizaba*, el *Puente de Metlac*, la *Barranca de Atlixco*, la *Cascada de Rincón Grande*, el *Castillo de Chapultepec*, etc., etc.; pero su fecundidad ha sido grande. Los asuntos por él elegidos tienen además del interés artístico el de localidad, y en cuantas Exposiciones internacionales se han presentado sus obras han sido premiadas. El Gobierno francés concedióle además por ellas la condecoración de la Legión de Honor, sosteniendo Velasco siempre el de México en los concursos de arte.

La empresa artística de más empuje llevada á cabo en nuestros días en la República ha sido á no dudar la reforma y decoración de la colegiata de Guadalupe, para lo cual hubo de necesitarse no tan sólo de una energía capaz de sobreponerse á la rutina, sino de una inteligencia suficientemente perita en Bellas Artes que proyectase y dirigiese los delicados y complexos trabajos que habían de emprenderse y que pudieran darles cima sin incurrir en los graves errores que tan comunes son en esta materia. Esa inteligencia fué el Sr. Pina, hombre serio, prudente



y en gran manera erudito en arte. Unióse desde los primeros momentos de la obra con un arquitecto de parecidas cualidades á las suyas: D. Juan Agea, y ligados por excepcional armonía de acuerdo, juntos llevaron á cabo el arduo designio de dotar al país de un templo debidamente decorado. Comenzóse la obra en 1887 y se terminó en 1895, habiéndose agrandado y mejorado el edificio y hecho su decoración interior. De ésta fué exclusivo autor el Sr. Pina, y de lo hecho conforme á su proyecto nada hay que aparezca mal ideado, pues que todo obedece á un plan bien meditado y dispuesto con saber y conocimiento. Con buen acuerdo eligióse el estilo bizantino hasta entonces no conocido en México, donde sólo se habían acostumbrado decoraciones del género del de la Catedral de Puebla y que por su religiosidad préstase de sobra para el ornato de los templos. El Sr. Pina fué original no obstante su fidelidad arqueológica, y una de las cosas que más deben elogiarsele en su obra es la cúpula, cuyo efecto de luz es de lo más hermoso.

No á todos agradaron las innovaciones, y aunque no todo lo nuevamente hecho sea irreprochable desde el punto del buen gusto, creemos que la mayoría de los descontentos pertenece al vulgo, á quien nunca podrán gustarle tampoco ni la música de Listz ni los versos de Moratín. No conviene siempre que el artista se haga accesible á la multitud, sino que ésta debe procurar subir hasta aquél.

Del mismo estilo fué la decoración adoptada para San Felipe de Jesús, hecha con tal discreción y gusto que realza en gran manera la belleza arquitectónica del templo. Fué obra de artistas italianos que con suma brevedad la llevaron á término.

La iglesia de San Hipólito había sido también objeto pocos años antes de completa metamorfosis, poniéndose por igual en ella á contribución el estilo bizantino, porque en México es cosa sabida que si escasean los que inician, abundan los imitadores, sólo que como dicho estilo es harto fácil de desnaturalizar como no esté muy sobre sí quien le adopte, hízose en San Hipólito, en vez de lo que se pretendía, algo semejante al pompeyano. Faltóle, por lo tanto, gravedad á la nueva decoración, así como originalidad á los cuadros que para ella se hicieron (\*).

Objeto de nuevas reformas han sido ó lo están siendo otras varias iglesias, tales como la catedral de Puebla, cuyo uniforme ornato de blanco y oro hizole perder su austera severidad, que era uno de los mayores encantos de aquel templo; la de San Luis Potosí mejorada con un buen pavimento de mosaico, pero no tanto con el resto de una decoración que se redujo á dar á muros, bóvedas y altares, todos los colores del iris y, en fin, las de Morelia y Jalapa que en estos momentos se reparan.

La Santa Veracruz de Toluca y San José, y el Carmen de México, deben mencionarse por haber dado también ocasión para las novedades en boga. Su decorado tenía que ser naturalmente *bizantino*, pues no pueden ya inventar otra cosa nuestros decoradores de tercero y cuarto orden. De seguir adelante el espíritu innovador, la propia catedral de México, admirable en su misma desnudez, no se verá inmune de *bizantinizarse*, ni se dejará de atentar contra sus soberbios retablos del altar de los Reyes y del Perdón, incomparables joyas del más acabado churriguera. No todo admite reforma y bien es conservar ó restaurar lo poco bueno antiguo que se tenga.

¿Cuál será el porvenir de nuestras Bellas Artes? No es difícil preverlo, sabiéndose como se sabe que no es ese el flaco de nuestros gobiernos, clero ni particulares. Si han existido hasta hoy en México, más bien ha sido como plantas de invernadero, las cuales tendrán vida mientras haya diligente cultivador que con artificio y esmero las conserve.

MANUEL G. REVILLA.

México, Julio de 1898.

(\*) En la mayoría fueron copias en grande de cromos ejecutados por D. Tiburcio Sánchez y el pintor catalán Catllá.

#### IV. — Escritores Mexicanos Contemporáneos

(COLABORACIÓN)

I. La literatura mexicana ha contado en todas épocas con cultivadores notables, y si muchos de ellos no son conocidos en el extranjero, y aun en su propio país, ha sido por el aislamiento en que casi siempre hemos vivido, por la falta de comunicaciones y relaciones literarias, y también por el escaso ó ningún empeño que hemos tenido en dar á conocer nuestras glorias.

En lo antiguo México presenta en sus anales poetisas como la célebre Sor Juana Inés de la Cruz, escritores como Sigüenza y Góngora, historiadores como Clavijero, León y Gama y Veytia. A fines del siglo XVIII y principios del presente, figuraron poetas verdaderamente notables, como Navarrete, Ochoa, Sánchez de Tagle, Quintana Roo, Calderón y Rodríguez Galván, y bastantes años después, nuestra literatura se enriqueció con las obras históricas de D. Luis Alamán; con las poesías de corte y sabor clásico de Pesado; con las descriptivas de Carpio; con las eruditas y filosóficas del Ilmo. Sr. Munguía. Más tarde ocuparon el lugar de estos distinguidos autores el correcto Arango y Escandón, autor del mejor estudio que existe acerca de Fr. Luis de León; el sabio Orozco y Berra, nuestra primera autoridad en historia antigua de México; los eruditos Fernando Ramírez y Joaquín García Icazbalceta, conocedores perfectos de nuestra época colonial; los filólogos Nájera y Pimentel, especialistas en idiomas indígenas de México; y otros muchos que cultivaron la poesía, la novela, el teatro, la historia, la crítica y demás ramos que se relacionan con la literatura general.

Entre los ya fallecidos pueden citarse los siguientes: D. José Rosas, poeta, fabulista y autor dramático; D. Luis G. Ortiz, D. Manuel M. Flores, D. Manuel Acuña, D. Guillermo Prieto, que dejaron composiciones que hoy ocupan distinguido lugar en nuestro Parnaso; D. Ignacio Ramírez y D. Ignacio M. Altamirano, el segundo de los cuales figuró por muchos años al frente de la agrupación liberal de escritores, y cuyas poesías, novelas, discursos, artículos de crítica, etc., atraían siempre el interés del público é influían sensiblemente en la juventud que se dedicaba á las letras.

En la actualidad, los escritores verdaderamente dignos de este nombre poco ó nada producen, pues retraídos ante la indiferencia que ha engendrado en el público la invasión de un periodismo malsano y corruptor, enemigo de las obras serias y de mérito, se sienten sin ánimo ni fuerzas para poner en circulación los tesoros de sus conocimientos, los frutos de sus estudios y las enseñanzas que tanto bien harían entre las indoctas multitudes.

Algunos de esos escritores se han refugiado en la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española, y á ella han llevado el brillo de su nombre, el prestigio de su autoridad y la no escasa suma de su erudición y de su ciencia.

Es Director ó Presidente de esa Corporación D. José María Vigil, humanista insigne, autor de muchas obras notables, y á quien todos consultan, rindiendo el debido tributo á su magisterio. Su traducción de las *Sátiras* de Percio le ha conquistado el homenaje de los más severos críticos, y su *Introducción á las Antologías de Poetas y Poetisas Mexicanas*, le acreditan de consumado literato, de apreciador discreto y fino de las bellezas poéticas y de investigador diligente y sagaz de nuestros archivos y anales literarios (\*).

D. Rafael Angel de la Peña, Secretario de la misma Academia, es docto profesor en nuestros planteles de enseñanza y escritor atildado, cuyos trabajos gramaticales y filológicos son de lo más notable que en su género pueda citarse. Revelan una gran suma de conocimientos científicos y de humanidades en general; una notable erudición y estudios vastos y profundos del lenguaje, en especial del idioma castellano.

Ha publicado, en Junio de este año, su *Gramática Teórica y Práctica del idioma castellano*, obra magistral en la cual trabajó durante muchos años y que contiene

(\*) El Sr. Vigil es Director de la Biblioteca Nacional.